



Cervantes. El camino y la posada

Cervantes. The Journey and Lodging

■ Santiago Prieto

■ *Si con frecuencia hoy nos es difícil asumir un diagnóstico hecho a principios del siglo xx, ¿qué podemos decir de la enfermedad que llevó a Cervantes a la tumba en 1616? Probablemente sólo hagamos conjeturas; pero, si recordamos cómo en el prólogo de su última obra, él mismo nos habla de la hidropesía que padece, y que la causa más frecuente de ésta es la cirrosis hepática, no es descabellado asumir tal hipótesis diagnóstica. Cervantes bien pudo sufrir una infección por virus de hepatitis cuando fue herido en combate, o en las curas poco higiénicas de la época, y la hepatitis vírica no infrecuentemente conduce a la cirrosis. En cualquier caso, asumiendo la duda y contando con la benevolencia del lector, en estas páginas nos permitimos la licencia de imaginar una conversación que pudo tener lugar; disculpa para una muy sucinta biografía y sencillo homenaje al más grande escritor en Lengua Española que "vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros".*

1

Atardece un día de abril de 1616. El hombre, casi setenta años, escurrido de carnes, frente despejada y gesto dolorido, entra en Madrid por el Puente de Toledo. Su caballo tiene firme el andar y no parece notar la larga cuesta. Antes de alcanzar la plaza de La Cebada tuerce a la derecha. Conoce el camino. Pronto, por la de Las Huertas, llega a la calle del León, en cuya esquina se halla el Mentidero de Representantes, donde algunos cómicos de la legua se reúnen a esa hora. Parecen sinceros en su respeto cuando le saludan. Contesta con unas palabras de cortesía. Llega enseguida a la calle de Francos. Unos perros ladran en la lejanía. Desmonta con dificultad, valiéndose sólo del brazo derecho; el izquierdo, rígido, seco y pegado al cuerpo, es inútil. Vemos ahora que su vientre está abombado por la ascitis que tanto le incomoda desde hace meses. Por si no bastara, los edemas hasta por encima de las rodillas le empiezan a trasudar, añadiendo al peso de las piernas la ingrata sensación de las calzas empapadas en el pringoso fluido.

El autor es médico.

Mientras un mozo guarda el rocín en la cuadra, el caballero deja correr la mirada por las calles, las fachadas y los tejados próximos. Durante unos segundos contempla el cielo de Madrid. No evita un gesto de simpatía. Entra en el portal de la casa. Miguel de Cervantes Saavedra sabe entonces que ese dintel no lo volverá a cruzar vivo.

Saluda a la esposa, Catalina, con la que durante años ha tenido una convivencia intermitente y ahora sólo una relación de mutua indiferencia. De un cántaro de barro toma el agua con la que calma la sed del camino. No cena. El hambre, "la mejor salsa del mundo", como otrora agudamente la definiera, ha ido menguando con sus fuerzas.

Insomne contumaz, pasa la noche en vela. Escribe sin pausa, casi frenéticamente, el prólogo de su última obra: *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. La dedica a don Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos: "...el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan..., puesto ya el pie en el estribo, con las ansias de la muerte, gran señor, ésta te escribo...". Ya clarea cuando deja la pluma. Aún sentado, al fin, el sueño le vence.

II

La estancia es pequeña, austera, parca en muebles. En la estantería reposan varias docenas de libros. La mesa, de gruesa madera, sencilla y mediana de tamaño, se dispone de forma que la luz de la ventana próxima entra por la izquierda del escritor. Completan el mobiliario dos sillas, también de madera y cuero viejo. En el alféizar, unas macetas con geranios de flores blancas y rojas ponen un punto de color. Sobre la mesa hay un tintero grande, dos plumas de ave y una palmatoria con la vela gastada. Un velón, que tiempo ha dejó de oler a aceite, descansa en una repisa.

Algo después del mediodía recibe la visita del médico. Hombre cargado de espaldas, menos joven que maduro, pelo escaso, rostro arrugado y mirar franco, viste de oscuro; peatón de la Historia, no sabremos su nombre.

Le recibe de pie y por sus gestos deducimos que no es su primer encuentro y que les une el afecto. Las frases de cortesía duran lo que tarda Catalina en abandonar la sala. Toman asiento, uno enfrente del otro.

—Veo que vuestra estancia en Esquivias ha sido breve. Apenas diez días ha que partiais... —apunta el visitante con expresión afable.

—Bien decís... Siguiendo vuestro consejo allí fui por ver de recuperar la salud; pero al poco de llegar dime cuenta de lo inútil del empeño y de lo que aquí pendiente tenía —contesta Cervantes, a la vez que desvía la mirada a unas hojas que se amontonan a su izquierda.

—En cualquier caso, os veo mejorado.

—Si así me veis es que muy mal estaba la última ocasión en que hablamos, porque cada día me siento más escaso de fuerzas... La hidropesía y el amacigado color de mi piel nada bueno presagian, mi querido galeno. Sin duda es la caridad la que así os hace decir.

—No es la caridad, sino la amistad la que me hace desear que superéis esta enfermedad y exhortaros a que deis nuevas páginas a la imprenta. Muchos somos los que esperamos con ansia cada libro nuevo que sale de vuestra pluma.

Es ahora el escritor el que sonríe, dejando ver las despobladas encías (“los dientes ni menudos ni crecidos, porque no ha sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos...”) al decir:

—Mi docto amigo, mucha es vuestra sabiduría y en ella figura el descubrir lo que un decaído ánimo necesita oír.

La contestación brota apresurada:

—Don Miguel, creedme que hoy os visito más por amistad que por razón de mi oficio; y bien tengo presente que mi parvo saber no alcanza ni un dedal en el océano de lo que ignoro. Pero, bien me gustaría, dejando de lado al uno y a lo otro, conocer por vos algunos hechos de vuestra vida que de maneras muy distintas he oído contar. Sólo si no os incomoda...

Cervantes parece meditar mientras se levanta y arrastra la silla buscando el sol que entra por la ventana.

—Desde que me acompaña la ictericia soy friolero, y ni aun al sol de julio me sobra el calor... —dice de pasada—. Bien sé de vuestra amistad y que sólo por ella queréis conocer de mis hechos. Preguntad, si ello os place, pero os ruego tengáis presente que la verdad del hombre suele estar más en lo que no olvida y calla, que en lo que dice.

El médico se inclina hacia delante y apoya los antebrazos en el canto de la mesa. Al hablar mira al rostro del escritor con un gesto mezcla de respeto y estima:

—Nunca supe el porqué de vuestra temprana marcha a Italia cuando ya despuntabais como poeta. Se habló de un duelo...

—Y en este caso se habló bien. Y, aunque no debéis preguntarme el motivo, sí os diré que ya entonces los duelos estaban prohibidos, que aún no tenía veinte años y yo fui el retado... En buena lid y con la espada, el retador fue el herido. No murió, que creo todavía vive... Hube de esconderme y en ausencia fui juzgado. La condena (vergüenza pública, destierro de diez años y corte de la mano derecha) era más de lo que podía aceptar. Huí a Sevilla. Andando de noche y evitando los caminos por no gozar de la compañía de la Santa Hermandad, pasé a Valencia. Muchas noches contemplé el Mediterráneo mientras por senderos estrechos recorría la costa de Levante... Llegué por fin a Barcelona, donde sentí el valor de la libertad, porque allí no alcanzaba la justicia de la Corte. Pasé a Francia y de ahí a tierra italiana...

—¿Recorristeis Italia?

—Génova, Venecia, Milán, Luca, Florencia y Roma, reina de las ciudades y señora del mundo... Mi querido amigo, no sólo recorrí, ¡viví Italia! Por mar llegué a Nápoles, la mejor ciudad de Europa, ciudad en la que amé mucho y otro tanto fui amado... (Aquí Cervantes no habla de Silena, la napolitana con la que pasó los únicos años felices de su vida; la mujer con la que tal vez tuvo un hijo, al que en el *Viaje al Parnaso* llama Promontorio; aunque quién sabe si ello sólo fue licencia literaria). En Nápoles, a mis veinticuatro años, me hice soldado.

—¿Cómo vos, un hombre de letras...?

Ahora el rostro del escritor se reconcentra, como si se esforzara en hallar las palabras justas: —No veáis contradicción en ello. Quitenseme de delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas. A éstas no sólo la fuerza las mueve, que para ejecutar actos de fortaleza muy preciso es el entendimiento. Es con el entendimiento con el que se conjeturan las intenciones del enemigo, las dificultades, las estratagemas... Alcanzar a ser eminente en letras cuesta tiempo, vigilijs, hambre, vajidos de cabeza, indigestiones de estómago; mas, llegar uno por sus términos a ser buen soldado cuesta todo aquello y en tanto mayor grado, porque a cada paso se está a pique de perder la vida. Por haber usado la espada tanto como la pluma puedo dar el justo respeto a una y otra, y todavía hoy no sabría a cuál dar privilegio.

—Sobrada razón veo en vuestra duda; pero, ¿de dónde salió la flota que se enfrentó al turco? ¿Es cierto que fue en aquella batalla donde os dañaron el brazo izquierdo?

—De Misina, al amanecer del 16 de septiembre de 1571, zarpó la escuadra que en Lepanto combatió en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros. Don Juan de Austria la mandaba. Sí, estuve y combatí allí. Y allí recibí dos arcabuzos en el brazo y en la mano izquierda, que me quedaron inútiles del todo, y aún otro en el costado, que desde entonces tengo hundidas algunas costillas de ese lado, como habéis apreciado cuando me reconocéis... (Ahora el escritor vuelve a callar que llevaba más de una semana en la enfermería de la galera *La Marquesa* con fiebre alta, quizá por paludismo, cuando se presenta decidido al combate. En el esquife de popa tiene un comportamiento más que destacado. No hurta el cuerpo. Como "soldado aventajado" será nombrado en el parte de guerra de la gran victoria).

—"Bien sé que en la naval dura palestra / perdiste el movimiento de la mano / izquierda para gloria de la diestra" —recita el médico con voz grave.

—Nada honra tanto al que escribe como el oír lo que su ingenio dio al papel, pronunciado por labios amigos. Gracias os doy por vuestra lectura y vuestra memoria. Y, ya que mis heridas no pueden resplandecer en los ojos de quien las mira, a lo menos son estimadas por los que saben dónde se cobraron. Y si ahora me propusierais un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella acción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haber luchado en ella... Pero, no nos detengamos en aquellas mis acciones, no vayáis a pensar que me hincho, puesto que las propias alabanzas envilecen.

—Motivo no os habría de faltar para el orgullo; pero, decidme, ¿tardasteis mucho en sanar de vuestras heridas?

—En Misina convalecí casi durante un año y más tarde volví a combatir en Navarino y La Goleta.

El escritor se levanta ahora. El médico le adivina la intención y le ayuda a colocar la silla para que el sol le vuelva a dar en la espalda. Cervantes lo agradece con un gesto.

—¿Volvisteis pronto a España?

—A Italia llegué con veintidós años, y seis después partía de Nápoles la galera que iba a devolverme a nuestra amada tierra. Pero no había de ser tan pronto, porque una nao berberisca, de

las que partiendo de Orán se dedican a tomar cristianos como cautivos para hacerlos esclavos o cobrar rescate por ellos, nos atacó cuando navegábamos por el golfo de León. Nuestro barco no pudo evitar ser abordado. El combate, aunque desigual, no fue breve, que hasta el capitán fue muerto. Apenas pude recoger el tubo de latón en el que guardaba las menciones de mis hechos de guerra... Con mi hermano Rodrigo y otros cristianos fui llevado a Orán.

Llaman entonces a la puerta. Una fámula entrada en años, enjuta, cifótica y enlutada, entra en la estancia. Pone sobre la mesa una bandeja con algunas piezas de fruta, dos vasos, una jarra de barro con vino y otra más grande, de cristal toscó, con agua. Los dos hombres se lo agradecen y ella, azarada, casi sin abrir la boca y la mirada clavada en el suelo, deja la habitación.

El escritor tarda en hablar. Le brilla la mirada mientras pone en orden los recuerdos.

—Dura es la vida del cautivo, pero más lo es por la libertad perdida que por las privaciones que siempre acompañan al cautiverio. Cinco años y un mes hube de pasar en Argel, donde no sé si me dolieron más los malos tratos que recibí de los moros, o la traición de un dominico marfuz que impidió la huída mía y de los otros cristianos que conmigo estaban. Cargado de cadenas fui llevado a la presencia de Azán Bajá, bey de Argel. Nunca sabré por qué me escuchó largo rato, ni qué le llevó a mantenerme la vida...

—¿No sería, acaso, el que reclamarais la responsabilidad de la fuga sólo para vos? O, quizá, el moro vio a un hombre de valor y de talento, que todo lo observaba con viveza y que no merecía morir a manos del verdugo?

—Una vez más animáis mi espíritu con vuestra interpretación. Que el cielo os lo premie tanto como yo os lo agradezco... Y sólo puedo desear que fuera como vos decís.

—Pero, la libertad os llegó.

—De manos de los padres trinitarios Juan Gil y Antonio de Bella, cuyos nombres siempre gusto en recordar. Ellos llevaron allí los trescientos ducados que mi madre y mi hermana pudieron conseguir, aun a costa de que ésta perdiera su dote; llevaron además cincuenta doblas de la limosna de la Santísima Trinidad, y otras cincuenta que fueron donación de don Francisco Caramanchel, a quien nunca llegué a conocer; amén de doscientos escudos que alcanzaron a recaudar entre los mercaderes de Argel para completar el precio de mi libertad.

—Pesada carga hubieron de ser para vos aquellos tiempos... Aunque, al fin, pudisteis volver a España.

—Pesada fue la carga, pero jamás me desamparó la esperanza de tener libertad. Y feliz fue el regreso, porque no hay en la tierra contento que se iguale a alcanzar la libertad perdida.

—Si no calculo mal, debisteis regresar hacia el año de 1580.

—Bien calculáis.

—Y, ¿reanudasteis enseguida la escritura?

—No fue tan enseguida, que aún participé como soldado en Orán y Portugal.

—¿Cómo soldado? —pregunta, sorprendido, el médico.

—Un brazo estropeado no era el mejor certificado para ser oficial; y, además, fue por entonces cuando empecé a tartamudear... Pero, dejemos los defectos, no precisamente ocultos, de

mi cuerpo que, si bien me cerraron la carrera de las armas, me condujeron al camino de las letras. Fue a la vuelta de Portugal cuando me asenté un tiempo en Madrid; y en el año de 1585 vio la luz mi novela *La Galatea*, obra pastoril que otorgóme cierta fama y los dineros con que pagar mi deuda con los padres de la Trinidad. Fue por entonces cuando, también en Madrid, di al teatro *La Numancia*, *Los tratos de Argel* y *La única*, piezas que gozaron de no poco éxito.

—Cultivasteis el teatro...

—En el teatro sembré y algunos frutos de él recogí... Pero entró luego el monstruo de la Naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica; avasalló y puso debajo de su jurisdicción a todos los farsantes.

El escritor pasa por alto el desdén, fruto de la triste mezcla de inquina y desprecio con que siempre le trató Lope; al igual que obvia recordar los amores que por entonces tiene con la joven Ana Franca de Rojas, esposa del dueño de una taberna frecuentada por cómicos en la calle de Tudescos; amores de los que nace Isabel, a la que acoge y siempre profesará un cariño especial. Como también evita hablar de su matrimonio, ¿de conveniencia?, con Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, a la que casi dobla la edad, 37 frente a 19, cuando tras breve noviazgo se casan en un pueblo de Toledo en 1584.

—¿Permanecisteis en Madrid? ¿Seguisteis escribiendo para el teatro?

—No, que pasé casi tres años en Esquivias. Además, competir con Lope en el teatro era y es más tarea de titanes que de humanos. Por necesidad le dejé el campo libre y por ganarme el sustento me hube de dedicar a un menester que bien poco necesitaba del soplo de las musas. Partí así para Sevilla como encargado del acopio de víveres para la Invencible, primero, y después para las flotas de las Indias, que no a otro cargo me hicieron merecedor mis acciones como soldado.

—Imagino que confiscar grano y aceite, por muy elevada que fuera la razón, no os podía dar motivo de mucha satisfacción.

—Y más si los ducados con los que hacer los pagos tardaban en llegar más de lo necesario. Me creeréis si os digo que en muchos lugares mi visita no era muy apreciada. Algunos se opusieron a mi trabajo con la fuerza, y otros con la excomunión o la denuncia. Más de doce años permanecí en Écija, Cabra, Ronda, Linares, Vélez-Málaga, Sevilla, Granada, Úbeda, y otros rincones cuya cita sólo valdría para cansaros. Pero, bien puedo decir que hice más de un amigo y que de todo y de todos aprendí; porque el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho.

—¿Fuisteis denunciado?

—Aunque nunca puse los pies por do camina la mentira, el fraude y el engaño, fui denunciado y no de paso visité la cárcel —contesta el escritor con una sonrisa mezcla de ironía y de tristeza.

—¡La cárcel! ¡Cómo vos...!

—Una vez en Castro del Río, dos en Sevilla y, la que había de ser la penúltima, en Argamasilla de Alba. Unas veces, el poder que algunos tenían en sus tierras, otra la quiebra de un banquero en el que había confiado y siempre mi mala cabeza con los números, fueron los motivos de aquellos mis pasos por ese lugar donde toda incomodidad tiene su asiento.

—¿Por eso en el prólogo de vuestro *Quijote* escribís...?

—No, mi querido amigo. A la cárcel que ahí me refiero es a la de mis renunciaciones; y, a vos puedo decirlo, a la de mi defectuosa condición...

Los dos hombres guardan silencio. El médico escruta el rostro del escritor. Éste no ha querido recordar al juez que alargó indebidamente su estancia en la cárcel de la calle de la Sierpe, quién sabe si esperando aligerar su bolsa. (Aunque, probablemente sí se acordaba de él cuando escribía: "...dineros para untar a todos los ministros de la justicia; porque si no están untados, gruñen más que carretas de bueyes"). Toma un sorbo de vino antes de volver a hablar, ahora con voz algo más baja:

—En 1600 dejé Sevilla y los siguientes los pasé entre Esquivias, Madrid y Toledo. Fue en el de 1604 cuando fui a Valladolid, donde nuestro rey, el tercero de los Felipes, había trasladado la Corte. Y al siguiente se publicó en Madrid la primera parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, libro que aunque me costó algún trabajo componerlo habría de darme cumplida satisfacción.

—Si no recuerdo mal, la primera edición vio la luz en enero de 1605, veinte después que *La Galatea*... Pero, ¿os llegó ahora el éxito?

—Recordáis bien y, aunque los dineros me llegaron más tarde de lo que hubiera sido de mi gusto, muy prontas y grandes fueron las alegrías que ésta mi segunda novela me proporcionó. Siete ediciones salieron de la imprenta ese mismo año: dos en Madrid, otras dos en Valencia y tres en Lisboa, éstas sin mi consentimiento.

—Esa obra. ¿Qué fue para vos? ¿Os marcó un antes y un después?

—Don Quijote fue legítimo hijo de mi menguado ingenio y escrito está que toda paternidad imprime carácter. Pero, el hombre es también hijo de sus obras, por lo que hoy no sabría decir si soy padre o hijo del Caballero de la Triste Figura.

El médico se dirige ahora a Cervantes con un punto de vehemencia:

—Permitidme deciros que muchos somos los que cada día sentimos más nuevo vuestro libro. En verdad, ni siquiera sé si es crónica o novela; como tampoco estoy seguro de que con él quisierais atacar a las novelas de caballerías; pero, sí pienso que habéis creado un punto de referencia y que ahí habéis fijado un tiempo. Nuestra época, nuestra España, echa raíces en vuestro libro. Vuestra obra está amasada de memoria y de talento; de las renunciaciones que antes mencionabais, y de esperanza; de humor y de amargura. En sus páginas habéis cuajado el valor de los afanes, la necesidad de los sueños, la decepción de las realidades. Vuestros personajes han traspasado los pliegos, han salido a andar y ya están en las calles, en las conversaciones... Ya son parte de la vida de los hombres. Don Miguel, no sólo habéis novelado la vida; de ella hay un firmamento en vuestro libro.

Cervantes deja escapar la mirada por la ventana, por la que ya entran los penúltimos rayos de sol. Su interlocutor respeta el silencio antes de preguntar:

—Me gustaría saber por vos cómo valoraron vuestro *Quijote* los otros grandes poetas del momento. ¿Cómo fue vuestra relación con ellos?

—De Luis de Góngora y de Francisco de Quevedo siempre tuve respeto. No puedo decir igual de Lope. Ya sabéis que a mi parecer nadie le iguala en componer para el teatro, pero a todos exige pleitesía sin admitir que otro brillo pueda acercarse al suyo. Hubo de ser la envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes, la que le llevó a escribir: "Para que no escribieses orden fue / del cielo que mancasses en Corfú / hablaste buey, pero dijiste mu / honra a Lope, polilla, o jguay de ti!... Y ese tu Quijote baladí, de culo en culo por el mundo va...". Todavía hoy no puedo olvidar que hurgaba do más daño hacía y que, junto a la mofa, nada sutil era la amenaza.

Bien conoce el médico la soberbia de Lope; como de tantos españoles, convencidos de que para sí todo honor es poco, a la vez que para los demás cualquier estima es siempre demasiada; y la tan española envidia, hermana de la soberbia, madre de caínes y rencores y lastre de toda empresa.

—Disculpad que mi torpe curiosidad os haya traído a la memoria unos versos que son más baldón para el que los compuso que para quien iban dirigidos. Pero, decidme, ¿fue entonces, cuando la Fortuna ya os había mostrado su rostro, cuando os establecisteis definitivamente en Madrid?

Por segunda vez el escritor se moja los labios con el vino de su copa. Su visitante le acompaña y paladea el áspero sabor del caldo manchego.

—No; que ese mismo año de 1605 permanecí en Valladolid con mi hija Isabel, mi sobrina Constanza y mis hermanas Andrea y Magdalena. Allí escribí y traté negocios. Pero la Fortuna, de mi mal no harta, aún me tenía reservada alguna desventura... Sucedió que un galán que tenía amores, al parecer no lo bastante discretos, con la mujer de un escribano vecino mío, fue muerto a espada cerca de mi casa. El alcaide-juez, para proteger el honor de su colega engañado, cargó a mi mano aquella muerte sin siquiera preguntar antes al marido. No faltó una vecina caritativa que, sólo por servir a la justicia, dijo haber visto entrar al hombre en una casa como la mía en la que vivían cuatro mujeres... Así, otra vez, y bien a mi pesar, volví a visitar la cárcel, donde permanecí dos meses hasta que los hechos se aclararon y, aunque tarde, reconocida mi inocencia. (El escritor prefiere no recordar que en ese mismo lugar ya habían estado, en 1531, su abuelo Juan, abogado, por el confuso asunto de una herencia; y, en 1553, su padre, el cirujano siempre a la cuarta pregunta, Rodrigo de Cervantes, por deudas no pagadas).

Ahora es el visitante el que, confundido, queda en suspenso. Se nota reseca la garganta y toma un largo sorbo de vino mezclado con agua.

Cervantes, conocedor de al menos tantas psicologías como el galeno, percibe su mal momento y, sin mediar pregunta, retoma la palabra.

—Al siguiente año, devuelta la Corte a Madrid, aquí volví; y hoy en ésta mi casa en la calle de Francos, como ayer en la de la Magdalena y en la de las Huertas, he vivido desde entonces. Y, salvo algunos viajes a Esquivias donde he debido atender algo de mi magra hacienda, aquí he escrito y publicado lo último que de mi pluma ha salido y aún ha de salir.

—Por fin pudisteis escribir sin pesares...

—Cierto es. Las Novelas ejemplares vieron la luz en 1613 y el *Viaje al Parnaso*, lo fue en el catorce... Fue ése también en el que apareció el que dio en ser llamado "Quijote de Avellane-

da", libro que por impertinente y fingido no he de juzgar, pero que grande daño quiso hacerme. No por tacharme de cornudo, sino por hacer escarnio de mi edad y mi brazo estropeado; y, lo que es peor, por haber pretendido usurpar el nombre de don Quijote, hacerle morir en una casa de locos e intentar arruinar mi nombre y sus hazañas.

—Una adversidad más... y no ligera.

—En la adversidad he aprendido a sufrir con paciencia las mayores desgracias, y acaso fueran la una y las otras las que me dieron fuerzas para sacar el año pasado las *Ocho comedias y ocho entremeses*, además de la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo*...

—Diez años largos habían pasado, si la memoria me es fiel, desde que publicabais la primera. Aunque la espera mereció la pena.

—Os es fiel la memoria y bien os sirve para demostrarme vuestra amistad.

—Sé que con motivo dudáis del elogio, pero no temáis que mi encomio sea una forma embozada de traición. Y es que, si en la primera parte del Quijote a muchos deslumbrasteis, en la segunda, a mi parecer concebida desde la certidumbre de haber acertado antes y de escritura más pulida, a todos nos habéis llevado a la emoción recogida; al gozo íntimo de leer en nuestra lengua unas páginas plenas de tantas ideas, saberes, ejemplos y razones para la reflexión, que los últimos capítulos los leemos con dolor, tanto por la muerte de vuestro héroe como porque nos conducen al inexorable final del libro; por saber que ya no habrá una tercera parte... Pero, decidme, cuando le poníais fin, ¿os dabais cuenta de lo que significaba lo que estabais escribiendo? ¿Imaginabais su trascendencia?

Cervantes parece no haber oído esas frases y calla. Por la ventana ya sólo entra la tenue claridad del crepúsculo. Ese día de abril oscurece despacio en Madrid.

—¿Y en qué os ocupáis ahora?

—Estos días voy dando final a *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, novela en la que he puesto renovadas ilusiones.

El médico sabe que no debe prolongar su placer a costa del cansancio del escritor. Al ponerse en pie le desea: —¡Qué las veáis colmadas!

Las frases de despedida son breves. El nudo en epigastrio embrida las gargantas. El escritor acompaña a su visitante hasta la puerta. En silencio, el abrazo es largo.

Sale a la calle. Imagina lo que deja detrás. Mientras camina por el desigual empedrado oye el ladrido de unos perros en la lejanía. Por un momento se detiene a contemplar el cielo. Respira hondo un par de veces. Aprieta el paso.

III

Cervantes entra en coma hepático dos días después de esta conversación. Tiene suerte, la agonía es breve. Muere como ha vivido: deprisa, sin ruido y con la bolsa vacía. Apenas ha sobrevivido un año a don Quijote. Durante sus últimos momentos tal vez sólo ha echado de

menos a su hija Isabel. No verá publicado el *Persiles*. El sábado 23 de abril de 1616 unos cómicos llevan su sencillo ataúd hasta el convento de las Trinitarias, a dos manzanas de su casa. Lleva el rostro descubierto, como miembro de la Orden Tercera de San Francisco, cuyos votos definitivos ha pronunciado el día dos, víspera de Pascua. Tras una breve misa, sus restos son depositados en una fosa de ladrillo en el pequeño cementerio del convento. Cuando éste sea reformado a finales del siglo XVII, sus huesos se mezclarán en el osario con otros muchos de diferentes dueños.

Su casa, esquina de las calles del León con la de Francos (hoy calle de Cervantes), fue derribada en abril de 1833. España, la autolítica España, es así. Tan sólo Ramón de Mesonero Romanos defendió su conservación en el único periódico literario que entonces se publicaba en Madrid. En su solar se levantó una finca de tres pisos y en la fachada de la que hoy ocupa el lugar desentona una lápida infame, ejemplo de desidia, que nos recuerda quién vivió y murió allí. Sus bajos están ocupados por dos comercios: una verdulería y, quizá como muestra de fino humor, una ortopedia.

Y, conociendo algunos retazos de su vida y el destino que siguieron sus restos y su casa, pensamos que Miguel de Cervantes Saavedra, más que afirmar, expresaba un deseo cuando en su obra magna escribía: "Más dulce es el camino que la posada".